

ALGUNAS TÉCNICAS MODERNAS DE TRADUCCIÓN EN UN TEXTO ÁRABE DEL SIGLO IX: UN PASAJE DEL KITÂB AL-HAYAWÂN DE AL- YÂHIZ AL-BASRÎ

*Some modern translation techniques reflected in an arabic text from the ninth century:
a passage from the Kitâb al-hayawân of al- Yâhiz al-Basrî.*

Laura Llamas Fraga
Rafael Ramón Guerrero
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Tras una breve semblanza del autor y de su obra, se incluye la traducción de un pasaje del *Libro de los animales* en el que al-Yâhiz alude a la versión de una lengua a otra y se comentan algunas cuestiones planteadas por la moderna teoría de la traducción en relación al mismo.

Palabras clave: al-Yâhiz, cultura árabe, traducción, traducción literal, traductores, técnicas de traducción, teorías prescriptivas, teorías descriptivas, ideología.

ABSTRACT

After a biographical sketch of the author and his works, the translation of a passage from the *Book of Animals* in which al-Yâhiz alludes to the fact of translating from one language to another is included and some questions raised by the modern theories of translation are discussed in relation to this text.

Keywords: al-Yâhiz, Arab culture, translation, literal translation, translators, translation techniques, prescriptive techniques, descriptive techniques, ideology.

1. EL AUTOR Y SU OBRA

Uno de los primeros y más importantes prosistas en lengua árabe fue Abû 'Utmân Amr ibn Bakr al-Basrî al-Yâhiz¹. Nació en torno al año 776 en la ciudad de Basora. El apodo por el que es conocido, al-Yâhiz («el de los ojos saltones»), hace referencia a una malformación en sus ojos, que le daba un aspecto de fealdad, confesada por sus biógrafos. Otros rasgos físicos que poseía le hicieron objeto de cuentos y chascarrillos populares, que supo asumir por su excelente capacidad para ironizar. Recibió su primera formación en gramática, lexicografía y poe-

¹ Cf. Ch. Pellat: *Le milieu basrien et la formation de Ġâhiz*, Paris, Adrien Maisonneuve, 1953. J. Vernet: *Literatura árabe*, Barcelona, Ed. Labor, 1968, pp. 101-103.

sía. Llegó a alcanzar un gran dominio de la lengua árabe, adquirido con maestros y en discusiones y pláticas con mercaderes, marinos o pícaros en la plaza pública. Se formó también en las doctrinas de la teología mu'tazilí, habiendo sido sus maestros los célebres teólogos Tumâma b. Ašras (m. ca. 828)² y al-Nazzâm (m. ca. 845)³.

Hacia el año 815 se trasladó a Bagdad, donde se consagró a la actividad literaria y donde entró al servicio de la cancillería del califa al-Ma'mûn. Abandonó el cargo y vivió de la composición de obras, dedicadas a mecenas que sufragaban los gastos necesarios para poder vivir con holgura. También en esta ciudad entró en contacto con el pensamiento griego a través de las traducciones que aquí se realizaban. Hizo algunos viajes que tuvieron como fruto un libro de carácter geográfico, el *Kitâb al-buldân* (*Libro de los países*), del que sólo se han conservado algunos resúmenes, descalificado por otros autores por escribir de geografía sin haber viajado lo suficiente como para conocer el mundo que describe. Después de permanecer casi cincuenta años en Bagdad, retornó a Basora por su mala salud y por los ataques que allí sufrían los teólogos mu'tazilíes, tras la reacción ortodoxa provocada por el califa al-Mutawakkil. En Basora continuó frecuentando a filólogos, lexicógrafos y tradicionalistas, hasta que murió no-nagenario, aquejado de una hemiplejía, a finales del año 868 o comienzos del 869.

Su producción escrita fue extraordinaria, atribuyéndosele más de ciento setenta títulos, de los que se han conservado unos treinta. De él se ha dicho que fundó la prosa en lengua árabe fuera del Corán. En ellos se muestra como fino y realista observador, utilizando como elemento estilístico el salto de las bromas a las veras, y viceversa, para mantener siempre despierto el interés del lector. Estos escritos se pueden clasificar en tres grandes grupos: obras de *adab* (género literario escrito en prosa en el que se ofrecen conocimientos y entretenimiento), obras de teología mu'tazilí y obras de polémica político-religiosa. Todas ellas son fuente importante de noticias sobre la cultura de su época⁴.

Sus dos textos más conocidos son el *Kitâb al-bujalâ'* (*Libro de los avaros*)⁵, donde reúne anécdotas que tienen como eje central la avaricia y la tacañería. No se limita a hacer una exposición sociológica de este vicio, de sus lacras o resultados, como señala Serafín Fanjul, sino que el libro ocupa un lugar importante en la polémica de los intelectuales árabes contra el movimiento antiomeya y antisirio de la *Šu'ûbiyya*⁶, que atañía a las raíces mismas de las sociedades árabe y persa en su lucha por la supremacía y el papel dominante en la cultura islámica. El otro texto es el *Kitâb al-hayawân* (*Libro de los animales*)⁷, por el que recibió la cantidad de cinco mil dinares de un cortesano a quien se lo dedicó. Presenta en él gran cantidad de información no sólo sobre los animales (para lo que se sirve, entre otras fuentes, de los libros sobre los animales de Aristóteles, recién traducidos del griego al árabe), sino también sobre cuestiones de metafísica, física, química, antropología, teología, filología, sobre la evolución de las especies y sobre diversos aspectos de la sociedad, entre ellos el de la comunicación.

2 Cf. J. van Ess: «Tumâma b. Ašras», in *The Encyclopaedia of Islam (EI)*, edited by P.J. Bearman, Th. Bianquis, C.E. Bosworth, E. van Donzel and W.P. Heinrichs et al., 13 vols. with supplement and indexes, Leiden, E. J. Brill, 1960–2005; vol. X, pp. 449-450.

3 Cf. J. Van Ess: «Al-Nazzam», *EI*, vol. VII, pp. 1057-1058.

4 Cf. Ch. Pellat: «Al-Djâhiz», *EI*, vol. II, pp. 385-387.

5 *Al-ÿâhiz: Libro de los avaros*, edición preparada por Serafín Fanjul, Madrid, Editora Nacional, 1984, con amplia introducción y notas.

6 Cf. S. Enderwitz: «Al-Shu'ûbiyya», *EI*, vol. IX, pp. 513-516.

7 *Al-ÿâhiz: Kitâb al-hayawân*, ed. 'Abd al-Salâm Muhammad Hârûn, El Cairo, 7 volúmenes, 1955-1957. Cf. M. Asín Palacios: «El *Libro de los Animales* de Jahiz», *Isis*, 14 (1930) 20-54.

Es en este último ámbito en el que hay que situar el pasaje⁸ cuya traducción se ofrece a continuación, en el que da su visión de un fenómeno que conoció muy bien por ser tarea que se desarrollaba en su época: la versión de textos de una lengua a otra⁹. Este hecho dio lugar a reflexiones sobre la traducción misma, sobre los traductores y sobre las dificultades de su tarea. En el texto que sigue, al-Ŷâhiz plantea las condiciones necesarias para obtener una traducción satisfactoria: amplio conocimiento de las dos lenguas, especialización en la materia sobre la que versa el texto original, conocimiento de las interferencias lingüísticas de las dos lenguas, adecuación de las formas de pensar de esas dos lenguas y sus límites, como los juegos de palabras y las ambigüedades buscadas por el autor del texto. También señala la dificultad que existe en la traducción de textos religiosos. Tras la traducción del texto, se describe la evolución de la traducción y se ponen de relieve algunas de las facetas que en relación a la moderna técnica de traducción muestra el fragmento de al-Ŷâhiz.

2. EL TEXTO¹⁰

(Dificultad en traducir la poesía árabe)

/75/ Se han vertido libros de la India; se han traducido máximas de los griegos; se han expuesto obras literarias de los persas. Algunos de ellos aumentan en belleza [con la traducción]; otros no menguan en nada. Sin embargo, si se traslada la sabiduría de los árabes, entonces se elimina aquel prodigio que es el nivel [que en esta lengua tiene]; aunque la trasladaran, no habría en sus significados nada que no hubieran mencionado los bárbaros en sus libros, lo que se había establecido para sus vidas, sus mentes y sus máximas. Se han vertido estos libros de una nación a otra, de un siglo a otro, de una lengua a otra, hasta llegar a nosotros; somos diferentes de quienes los heredaron y los estudiaron. Se puede afirmar que los libros son más profundos al registrar los hechos, respecto a la estructura y a la poesía.

(El valor de la traducción)

Entre quienes dominan la poesía, cuidan de ella y argumentan a favor suyo hay algunos que dicen que el traductor jamás puede reproducir correctamente lo que dice el filósofo según las particularidades propias de sus significados, los sentidos verdaderos de sus doctrinas, /76/ los detalles de su concisión y los enigmas de sus definiciones. [El traductor] no puede cumplir lo que tiene que hacer, ni puede reproducirlo con fidelidad, ni puede realizar lo que tiene que hacer un delegado en tanto que delegado. ¿Cómo podría reproducirlo, conservar sus significados e informar de ello con verdad y exactitud, si no posee como el autor y creador del libro el conocimiento de sus significados, el uso de las flexiones de sus palabras y las interpretaciones de sus articulaciones? ¿Cuándo fueron Ibn al-Bitrîq, Ibn Nâ'ima, Abû Qurra, Ibn Fihriz, Tayfil, Ibn Wahîlî, Ibn al-Muqaffâ', que Dios tenga misericordia de ellos, como Aristóteles? ¿Cuándo fue Jâlid¹¹ como Platón?

(Condiciones del traductor)

El traductor debe tener la misma claridad de exposición [que el autor] en la traducción y el mismo grado de saber [que él] en cuanto al conocimiento. Debe conocer muy bien la lengua de la que traduce y aquella a la que traduce, de manera que sea igual en

8 Al-Ŷâhiz: *Kitâb al-hayawân*, vol. I, pp 75-79.

9 Cf. D. Gutas: *Greek Thought, Arabic Culture. The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early ŶAbbâsîd Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*, London-New York, Routledge, 1998.

10 Entre corchetes figuran las páginas de la edición. Una primera versión de este texto apareció en la revista *Versiones*, 7 (2006) 24-26.

11 Sobre todos estos personajes cf. *EI*, artículo correspondiente.

ambas hasta el máximo. Cuando vemos que habla dos lenguas, sabemos que puede producir daño en ambas, porque cada una de las ellas arrastra a la otra, toma préstamos de la otra y la una constituye un obstáculo para la otra. ¿Cómo podrá conocer las dos lenguas con la misma competencia que puede tener cuando conoce exclusivamente una sola? No tiene más que una sola fuerza; si habla /77/ una sola lengua, esta fuerza se agota totalmente; pero si habla más de dos lenguas, la traducción se verá afectada por la suma de las lenguas. Cuanto más ardua y difícil sea la clase de ciencia y sean pocos los que la conocen, tanto más difícil será esa ciencia para el traductor y tanto más podrá equivocarse. Nunca encontrarás a ningún traductor que esté a la altura de uno solo de estos sabios.

(Traducción de libros de religión)

Lo que estamos diciendo tiene que ver con los libros de geometría, de astronomía, de aritmética y de música. Si esto es así con respecto a estos libros, ¿qué sucede con los libros de religión y con los que tratan de Dios, loado y ensalzado sea, de lo que le conviene y de lo que no le conviene? [El traductor] debe hablar de los significados correctos de las naturalezas; ello debe estar conforme con la unicidad de Dios; [debe hablar] también de los diversos aspectos de los relatos y de sus posibilidades, y esto debe estar contenido en lo que conviene a Dios Altísimo o en lo que no le conviene, en lo que conviene a los hombres o en lo que no les conviene. Debe conocer si se trata de un sentido general o de un sentido particular y [debe conocer] las correspondencias que presentan los relatos generales expuestos y que los convierten en particulares. Debe distinguir también en el relato lo que es propio del relato que es una tradición islámica de lo que es propio del relato que es el Corán, lo que es propio de la razón de lo que es propio de la costumbre o de la situación que le aleja de la generalidad. Debe distinguir en el relato lo verdadero y lo falso y lo que no puede ser llamado verdadero o falso. Debe distinguir el nombre de lo verdadero y de lo falso; cuántos sentidos contienen y reúnen estos nombres; cuándo se ha perdido el sentido y ese nombre se ha invertido. También debe distinguir lo absurdo de lo correcto y cómo hay que interpretar lo absurdo; si hay que llamar falso a lo absurdo o no y cuál de los dos es más detestable, lo absurdo o lo falso y en qué casos lo absurdo es más horrible y lo falso es más repugnante. Debe conocer la fábula y lo original, la inspiración /78/ y la metonimia, debe distinguir entre la palabrería y la locuacidad, lo conciso, lo prolijo y el compendio. Debe conocer las estructuras del discurso, las costumbres de la gente y cómo se comprenden entre sí. Lo que mencionamos aquí es poco entre lo que se podría mencionar. Si el traductor no sabe todo esto, se equivocará al interpretar el discurso de la religión. El error en la religión es más pernicioso que el error en matemáticas, en arte, en filosofía y en química, o en alguno de los medios de vida de los hijos de Adán.

Si el traductor que traslada esto no es perfecto en ello, se equivocará en la medida en que carece de esa perfección. ¿Sabe distinguir el traductor el argumento correcto del que parece argumento? ¿Cuál es su conocimiento de las informaciones astronómicas? ¿Qué sabe de las definiciones abstrusas? ¿Sabe corregir los errores del discurso y los gazapos de los copistas de los libros? ¿Qué sabe de las prisas [con que han sido expuestas] algunas premisas? Sabemos que las premisas forzosamente han de ser necesarias y estar ordenadamente dispuestas, como una línea que se extiende de manera regular. Ibn al-Bitrîq¹² y Abû Qurra¹³ no comprendieron esto tal como se ha descrito, en el orden detallado, pues no lo han tomado de un buen maestro y de un experto competente. ¿Cómo [podrían hacerlo] si un libro lo han transmitido diversas lenguas, diferentes plumas y escrituras a sociedades religiosas y naciones distintas?

12 Sobre este traductor, cf. F. Micheau: «Sa ‘îd b. al-Bitrîq», *EI*, vol. VIII, pp. 853-856.

13 Cf. G. Graf: *Die arabischen Schriften des Theodor Abu Qurra, Bischofs von Harran (ca. 740-820)*, Forschungen zur christlichen Literatur- und Dogmengeschichte, X Band, 3/4 Heft, Paderborn, 1910. J. P. Monferrer Sala: «‘Apologética racionalista’ de Abû Qurrah en el *Maymar fi wuyûd al-Ĥâliq wa-l-dîn al-qawîm* II/2,12-14», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 22 (2005) 41-56.

Si quien escribe bien en lengua griega es traducido por quien escribe bien en lengua árabe, aunque el árabe sea más deficiente en elocuencia que el griego, el sentido y el traductor no tendrán incorrecciones; sin embargo, el griego, que no quedará satisfecho por la elocuencia en la lengua árabe, forzosamente habrá de perdonarlo y aprobarlo. Vienen entonces los yerros [causados] por las distintas categorías de copistas. Su copia no está exenta de errores; luego hace copiar ese manuscrito /79/ por quien la acrecienta con nuevos errores que ya aparecerán en la copia, que no tendrá menos defectos que la anterior; más tarde vendrá quien la deja en el mismo estado, con esos errores, pues no está en su poder corregir las erratas que encuentra en su copia.

(Dificultad en la corrección de los libros)

Algunas veces el autor del libro quiere hacer correcciones o modificar una palabra errónea; entonces deberá redactar una decena de páginas con palabras insignes y de noble sentido, pues esto le será más fácil que perfeccionar aquella anomalía, de tal manera que restituirá en aquel pasaje la continuidad del discurso. Por consiguiente, ¿cómo iba el copista posterior a poner objeciones a eso, si ni siquiera el filósofo mismo podía hacerlo? Lo que más asombra es que [el traductor] hace las dos cosas: corrige lo que está corrompido y mejora lo que está bien. Pero este libro será después una copia para otro hombre y el segundo amanuense se comportará como el primero: el libro no dejará de transmitirse a manos criminales y a nuevas corrupciones, de manera que contendrá puros errores y vacías inexactitudes. ¿Qué pensaríais de un libro que sucesivos traductores han corrompido y que los copistas lo han dañado con males como esos o semejantes, un libro que nació hace mucho tiempo, de hechura muy antigua?¹⁴

3. TEORÍAS DE LA TRADUCCIÓN

Para entender en toda su complejidad la realidad de la civilización en la que este texto está escrito hay que atender no sólo a sus fundamentos, basados en la fe musulmana y en la lengua árabe, sino también a las influencias externas que le llegaron procedentes de otras culturas, que le prestaron unidad de contenido, añadida a la unidad religiosa y política original. La apropiación y asimilación de los logros más importantes de las culturas con que el Islam se encontró dio a la civilización islámica una dimensión de continuidad con las civilizaciones anteriores, especialmente la de origen griego. Porque fue principalmente el saber que procedía de la Grecia clásica, conservado de una u otra manera en aquellas culturas, el que determinó los logros de la civilización islámica. Una ingente cantidad de saber llegó al mundo árabe desde mediados del siglo VIII hasta finales del siglo X, en una casi gigantesca empresa de versión del griego al árabe, en ocasiones a través del siríaco. Esta tarea se llevó a cabo en Bagdad durante esos siglos y puso a disposición de los estudiosos de lengua árabe gran parte del saber filosófico y científico producido en la Grecia clásica y helenística, desde su época más excelsa hasta las últimas creaciones del neoplatonismo griego de los siglos VI y VII¹⁵. A esa tarea es a la que se refiere al-Āhiz en su texto.

Pero la versión de unas lenguas a otras es tarea inmemorial en la historia cultural de los pueblos de la antigüedad¹⁶. Lo reconoce al-Āhiz al comienzo de su texto. Muchos autores han hecho

14 Otra versión del texto se halla en: *Teorías de la traducción. Antología de textos*, edición de D. López García, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 45-48

15 Cf. C. D'Ancona: «Le traduzioni di opere greche e la formazione del corpus filosofica arabo», *Storia della filosofia nell'Islam medievale*, a cura di Cristina D'Ancona, Torino, Giulio Einaudi Editore, 2005, vol. I, pp. 180-258.

16 Cf. H. Van Hoof: *Histoire de la traduction en Occident*, Paris-Louvain-la-Neuve, Éd. Duculot, 1991. L. G. Kelly: *The True Interpreter: A History of Translation Theory and Practice in the West*, New York, St. Martin's Press, 1979.

alusión a la necesidad de comunicarse entre hombres que hablan lenguas distintas. San Agustín ya aludió a ello: «En primer lugar está la diversidad de lengua, causa de distanciamiento de un hombre con otro hombre. Si se encuentran dos hombres, ignorantes cada uno de la lengua del otro, y en vez de seguir cada uno su camino han de permanecer juntos por alguna necesidad, en tal caso con más facilidad que estos dos hombres convivirían dos animales de especies diferentes, mudos como son. Al no poder comunicarse sus sentimientos, por la sola diversidad de la lengua, de nada les serviría a estos dos hombres el ser tan semejantes en su naturaleza, de tal manera que más a gusto estaría un hombre con su perro que con el hombre extranjero»¹⁷.

Entre los textos traducidos en la antigüedad que han sobrevivido con una larga tradición hay que mencionar la traducción del *Antiguo Testamento* al griego, realizada por los judíos de Alejandría que se habían abierto a la civilización griega e iniciada durante el siglo III a. C. y concluida unos dos siglos más tarde. Conocida por el nombre de *Versión de los setenta*, el nombre proviene de una tradición según la cual setenta sabios fueron encargados simultánea y separadamente de la traducción, resultando las setenta versiones finales idénticas palabra por palabra. Esta leyenda es reveladora, en el sentido de que nos da una idea de la autoridad, del valor canónico, que se atribuyó desde antiguo a esta traducción¹⁸.

Dos han sido las teorías que desde la antigüedad han dominado la historia de la traducción, la prescriptiva y la descriptiva¹⁹.

En primer lugar, las teorías prescriptivas. En la antigüedad predominaba la traducción literal: se traducía palabra por palabra sin tener en cuenta los referentes culturales ni demás aspectos que se encontraran fuera del contorno del texto. En otras palabras, se entendía la traducción como un proceso prescriptivo. Por eso²⁰, Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff se preguntaba *Was ist Übersetzen? (¿Qué significa traducir?)*²¹, en un ensayo más atento a la corrección de la traducción palabra por palabra (*verbum pro verbo, verbum e verbo*), método que San Jerónimo encontraba absurdo y al que contraponía el *exprimere sensum de sensu*, y que había tenido un crítico atento en Cicerón: «No he considerado necesario traducir palabra por palabra; sino que he conservado el estilo y la fuerza de las palabras»²².

Estas teorías prescriptivas consideraban que el lenguaje era un mero vehículo neutral que servía para etiquetar realidades objetivas comunes a todos. Por lo tanto, desde este punto de vista, no existían los anisomorfismos²³, es decir, asimetrías culturales, pragmáticas y lingüísticas que afectan a cualquier par de comunidades y que hacen imposible que el texto original y el texto traducido sean iguales.

17 *De civitate Dei*, XIX, 7.

18 Cf. J. Treballe, *La Biblia judía y la Biblia cristiana. Introducción a la historia de la Biblia*, Madrid, Editorial Trotta, 1993

19 Cf. E. Samaniego Fernández: «Prescripción y descripción: la metáfora en los estudios de traducción», *TRANS (Revista de Traductología de la Universidad de Málaga)*, 2 (2002) 47-61. A. Martínez Tejerina: «Análisis contrastivo de la subtitulación vista desde dos primas: el descriptivismo y el prescriptivismo», *The Journal of Specialised Translation*, 9 (2008) en http://www.jostrans.org/issue09/art_tejerina.php.

20 M. Fattori: «Relazione introduttiva», *Rencontres de cultures dans la philosophie médiévale. Traductions et traducteurs de l'antiquité tardive au XIV^e siècle*, Louvain-la-Neuve - Cassino, 1990, 1-22.

21 U. von Wilamowitz-Moellendorff. «Was ist Übersetzen», in *Reden und Vorträge*, Berlin, 1925, Band I, Seiten 1-36.

22 Cicerón: *Libellus de optimo genere oratorum*, Edmundus Hedicke recensuit, Soraviae Lusatorum impressit J. D. Rauert, 1889, p. 6: «In quibus non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omne verborum vimque servavi».

23 Cf. E. Alcaraz Varó: «Anisomorfismo y lexicografía técnica», <http://www.esletra.org/Toledo/html/contribuciones/alcaraz.htm>

Por otro lado, estas teorías también postulaban que existía una traducción única para cada texto original. Desde esta perspectiva, todo texto original tendría una sola significación objetiva.

En esta teoría se puede encuadrar el fenómeno cultural conocido por el nombre de «Escuela de Traductores de Toledo» que se desarrolló entre los siglos XII y XIII²⁴ y que no ha de entenderse en el sentido literal de «escuela» sino en el más amplio de marco cultural en el que se realizó una transmisión de saberes científicos, religiosos y filosóficos²⁵. Se puede hablar de dos períodos bien definidos: mientras que en el primero, durante el siglo XII, los traductores e intérpretes se encargaron de trasladar a Europa obras de ciencia, filosofía y religión del árabe al latín, así como obras de origen oriental, en el segundo período, a lo largo del siglo XIII, se dedicaron a traducir tratados de astronomía, alquimia, física y matemáticas.

Parece que eran pocos los que dominaban la lengua de origen y la latina. Así, era necesario que un judío, probablemente, realizara un borrador intermedio en castellano, que a veces se hacía de manera oral. Este borrador era traducido al latín generalmente por cristianos. Dichas traducciones eran literales y estaban llenas de errores, entre ellos, calcos morfosintácticos.

En este sentido, al-Ŷâhiz, en el texto anterior, hace hincapié en la importancia de que el traductor fuera bilingüe: «(El traductor) debe conocer muy bien la lengua de la que traduce y aquella a la que traduce, de manera que sea igual en ambas hasta el máximo». Ahora bien, añade que el hecho de conocer dos lenguas puede producir daños en la traducción ya que una lengua «arrastra» a la otra y toma préstamos de ésta constituyendo esto un obstáculo. No se equivocaba, pues ya en la época de la que hablamos esto se producía y todavía hoy se encuentran innumerables calcos procedentes de otras lenguas en infinidad de textos. Ahora bien, el buen traductor debe tener un perfecto dominio de su lengua materna y buscar, al traducir hacia ésta, los equivalentes más «naturales» sin recurrir a la versión fácil en la que se traduce lo más próximo a la lengua de origen.

En segundo lugar, las teorías descriptivas²⁶. Más tarde se comprobó que la traducción entrañaba un proceso más profundo y complicado y para nada mecánico. Así que, tras numerosos estudios lingüísticos, se llegó a la conclusión de que esa antigua manera de traducir tan sistemática y literal dejaba algunas cuestiones sin resolver.

A partir del siglo XX, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, la actividad de la traducción ha vivido una notable expansión y las reflexiones teóricas en este ámbito han dejado de ser obra de autores para pasar a ser el centro de preocupación de los lingüistas. Es entonces cuando de la obsesión por dar una versión única y objetiva de un texto se pasa a una visión más abierta en la que se entiende la traducción como un proceso en el que hay que tener en cuenta diversos factores y en el que lo importante es hacer efectiva la comunicación en detrimento de la literalidad.

²⁴ Cf. A. González Palencia: *El arzobispo Don Raimundo de Toledo*, Barcelona, Ed. Labor, 1942. M. Brasa Díez: «Traducciones y traductores toledanos», in *Estudios filosóficos* 23 (1974) 129-137. J. S. Gil: *La Escuela de Traductores de Toledo y los colaboradores judíos*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios toledanos, 1985. C. Foz: «El concepto de escuela de traductores de Toledo (ss. XII-XIII)», in *Fidus Interpres. Actas de las Primeras Jornadas Nacionales de historia de la traducción* I., León, Universidad de León, Servicio de Publicaciones, 1987, 24-30.

²⁵ Cf. S. Vegas González: *La Escuela de Traductores de Toledo en la historia del pensamiento*, Toledo, Ayuntamiento de Toledo, Concejalía de Cultura, 1998, p. 21.

²⁶ Cf. G. Toury: *Descriptive Translation Studies and Beyond*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1995.

El norteamericano Eugene Nida, uno de los primeros teóricos de la traducción, es autor de *Toward a Science of Translating*²⁷. Nida es un traductor bíblico, que comenzó a trabajar como lingüista para la *American Bible Society* y que está preocupado ante todo por la necesidad de que la palabra sagrada cristiana llegue a cualquier lector. Por ello, este lingüista y traductor ha sido pionero en introducir al lector entre sus preocupaciones básicas. Según Nida, en la traducción ideal el lector de la lengua B debería experimentar el mismo efecto que el lector de la lengua A. Esta idea es clave y es la base de la que tiene que partir cualquier traductor antes de emprender su tarea, pues todo productor de un texto debe tener en mente a un lector imaginario, ya que cada texto está diseñado para una audiencia específica: su idea es producir el equivalente natural más cercano en el idioma del receptor. Lo señala A. Ramos Calvo: «Para un traductor el problema fundamental será el de buscar equivalentes que produzcan en el lector de la traducción el mismo efecto que el autor pretendía causar en el lector a quien iba dirigido el texto original. Ello le obliga a contemplar el texto como la base de una continua «negociación» con el autor para que el lenguaje del nuevo texto presente valores equivalentes a los del lenguaje original, sin olvidar ni su fuerza, ni sus elementos dinámicos, ni su calidad estética. Generalmente se acepta que no se traducen significados, sino mensajes, por lo que el texto deberá ser contemplado en su totalidad»²⁸.

Nida apuesta sobre todo por la comprensión y eficacia del mensaje traducido y defiende la sustitución de elementos culturales del original como procedimiento ligado a las necesidades comunicativas de los nuevos lectores. En otros términos, es el primero en contemplar la traducción como acto comunicativo; por ello, no bastaría sólo con buscar equivalentes para cada segmento de enunciado, sino más bien en encontrar un equivalente para cada sentido para así reproducir fielmente la idea general del texto. Como apunta V. Moya, Nida está interesado en que el mensaje sea eficaz en su comunicación a otras culturas²⁹.

Esta idea podría estar representada por lo que dice un biógrafo en relación con las traducciones al árabe realizadas por Hunayn b. Ishâq, contemporáneo de al-Ŷâhiz, cuando refiere lo siguiente: «Los traductores usan dos métodos de traducción. Uno es el de Ŷûhannâ b. al-Bitrîq, Ibn Nâ'ima al-Himsî y otros. Según este método los traductores estudian cada palabra griega y lo que significa. Buscan un término equivalente en árabe en cuanto al sentido y lo escriben. Toman luego la palabra siguiente y proceden así, sucesivamente, hasta que terminan lo que han de traducir. Este método es malo por dos razones: 1) porque el árabe no tiene equivalente para todas las palabras griegas; 2) porque la sintaxis y la estructura de las frases no siempre se corresponden en una y otra lengua. Añadamos que se producen numerosas confusiones como consecuencia del empleo de metáforas, que son numerosas en ambas lenguas. El segundo método es el empleado por Hunayn b. Ishâq y otros. Consiste en leer la frase y entenderla. A continuación la trasvasa a otra frase, tanto si las palabras son equivalentes o no. Este método es el mejor. Por tanto, los libros de Hunayn no tenían que ser corregidos, excepción hecha de los que trataban de matemáticas, pues no era perito en esta ciencia y sí, en cambio, en medicina, lógica, física y metafísica. Los textos que traducía de estas materias no tenían necesidad de revisión ni de corrección»³⁰.

27 Leiden, J. Brill, 1964.

28 A. Ramos Calvo: «Teoría y práctica de la Traducción Literaria», in <http://www.hottopos.com/mirand8/ana-ramo.htm>.

29 V. Moya: *La selva de la traducción. Teorías traductológicas contemporáneas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1994, pp. 46 – 47.

30 S. al-Dîn al-Safadî: *al-Gayt al-musayyam* [La lluvia que fluye], El Cairo, 135/1887, I, p. 46. Otra versión en: *Teorías de la traducción. Antología de textos*, pp. 49-50.

4. TRADUCCIÓN Y TRADUCTOR DE HOY

Como se ha señalado, las teorías de la traducción han ido evolucionando desde una perspectiva prescriptiva hacia otra más descriptiva. No obstante, en la actualidad encontramos posturas que abogan por la literalidad y otras que se decantan por las llamadas traducciones «libres». A pesar de que la tendencia actual esté más enfocada hacia las segundas, la elección de adoptar una u otra tendencia depende exclusivamente del traductor y de las circunstancias que le rodeen: tipo de texto, propósito de éste, público al que va dirigido, etc. El traductor añade, omite, elige y decide cómo organizar las palabras en el texto. Lo que importa no es hacia qué postura se inclina el traductor, sino la capacidad de éste a la hora de justificar sus elecciones cuando objetivamente su traducción se podría haber hecho de otra forma.

La traducción actual se entiende como un proceso descriptivo que comienza con el planteamiento de las siguientes preguntas por parte del traductor: ¿Por qué, con qué propósito, para quién y hacia qué audiencia traduzco? La respuesta varía en función de cada contexto. Por ello, no hay que limitarse a estudiar las relaciones entre el texto original y la traducción, sino que hay que ir más allá y analizar las relaciones entre la traducción y el nuevo contexto comunicativo en el que ésta se inserta. Esto demuestra que la traducción es algo variable y dicha variable pone de manifiesto que las traducciones no tienen lugar en un vacío.

Posteriormente, se pasa al análisis del texto de origen y, por último, el traductor, a partir del texto de origen, llega a una idea y, a partir de esta idea, produce un nuevo texto coherente. Por lo tanto, podemos decir que se trata de un proceso de análisis, transmisión y recolocación. Pero no de recolocación de palabras, como se creía anteriormente al ver el texto como algo que sólo transmitía significado explícito, sino de recolocación de significados, de sentidos, pues la traducción es un proceso de reestructuración conceptual; un proceso interactivo y deductivo entre lo explícito y lo implícito.

Esta teoría parece estar presente en al-Īhiz cuando afirma: «Hay algunos que dicen que el traductor jamás puede reproducir correctamente lo que dice el filósofo según las particularidades propias de sus significados, los sentidos verdaderos de sus doctrinas, los detalles de su concisión y los enigmas de sus definiciones». Y añade: «(El traductor) no puede cumplir lo que tiene que hacer, ni puede reproducirlo con fidelidad. ¿Cómo podría reproducirlo, conservar sus significados e informar de ello con verdad y exactitud, si no posee como el autor y creador del libro el conocimiento de sus significados, el uso de las flexiones de sus palabras y las interpretaciones de sus articulaciones?». Con estos comentarios, al-Īhiz se adelanta a su época poniendo de manifiesto la importancia de la transmisión del significado y del sentido a la hora de traducir. Es consciente de que no basta con pasar palabras de un texto a otro, de que la literalidad es insuficiente; sabe que la traducción es algo que va más allá de lo que el texto aparentemente dice.

Implícito en lo que dice al-Īhiz está la ideología que inevitablemente encierra todo texto. Se sabe que cada persona pertenece a un contexto social y cultural y que dicho contexto encierra una ideología; consecuentemente, todo autor o traductor, como parte de ese contexto, transmitirá en su texto la ideología a la que pertenece. Como se ha dicho antes, el traductor añade, omite, elige y decide cómo organizar las palabras en el texto; pues bien, detrás de cada una de sus elecciones se esconde un acto que pone de manifiesto sus valores, creencias, doctrinas, etc. Se puede decir que la ideología es la que da forma al discurso.

Al-Īhiz comenta además lo siguiente: «El traductor debe tener (...) el mismo grado de saber (que el autor) en cuanto al conocimiento». Pero añade: «Cuanto más ardua y difícil sea la clase de ciencia y sean pocos los que la conocen, tanto más difícil será esa ciencia para el traductor y tanto más podrá equivocarse. Nunca encontrarás a ningún traductor que esté a la

altura de uno solo de estos sabios». Tiene razón al afirmar que los conocimientos del traductor difícilmente se pueden equiparar con los del autor original. No obstante, eso no tendría por qué ser un impedimento para alcanzar una buena calidad de traducción. Hoy, el traductor dispone de diversas fuentes a través de las cuales puede obtener información sobre el pensamiento de un autor, su estilo, sus obras, etc. Dicha información no le hará escribir como el propio autor, pero sí le ayudará a comprenderlo y a «acercarse» un poco más a él.

A pesar de seguir rigurosamente todos los pasos que conlleva el proceso de traducción comentados, cabe preguntarse si es posible alcanzar una traducción perfecta. La respuesta es ambigua, pues no se pueden emitir juicios objetivos al respecto. Los profesores Hatim y Mason³¹ consideran que en cada nueva lectura que se hace de un texto, éste cambia de alguna manera; creen que cada lectura es un acto único e irrepetible que provoca distintas reacciones en cada lector. Así, mientras que para unos puede resultar perfecta, para otros será nefasta o quizá neutral. Objetivamente hablando, lo cierto es que nunca puede esperarse que el texto de destino sea igual al original, entre otras cosas, porque el propio hecho de traducir implica la creación de un nuevo texto en otra lengua y por «nuevo» se entiende «distinto». De este modo, los que parten de la afirmación según la cual «toda traducción supone una pérdida» tienen algo de razón. Pueden darse pérdidas fonéticas, de connotación, de referencias culturales, de sentido, etc.

Por otra parte, cada lengua posee unas características que la hacen única y, por ello, al pasarse ésta a otra lengua pierde inevitablemente parte de su «encanto» particular. Al-Ŷâhiz dice que toda lengua contiene elementos peculiares que no pueden verse en su totalidad a otra lengua y habla de las pérdidas que se pueden registrar a la hora de traducir textos en lengua árabe: «Si se traslada la sabiduría de los árabes, entonces se elimina el prodigio (que en esta lengua tiene)». Tiene razón; efectivamente, el árabe es una lengua que posee unas características que dificultan su traducción a otra lengua³². Por ello, otro autor árabe de fines del siglo XIX y comienzos del XX señala: «Muchos de quienes han traducido de las lenguas europeas al árabe han seguido unas reglas que ellos mismos crearon, aunque a menudo se hayan desviado del método correcto. Dejaron correr la pluma y dieron rienda suelta a su imaginación, escribiendo lo que quisieron, sin tener en cuenta la voluntad del creador»³³.

Sin embargo, sobre la dificultad y consiguiente pérdida de la traducción de una lengua a otra, al-Ŷâhiz añade: «Si quien escribe bien en lengua griega es traducido por quien escribe bien en lengua árabe, aunque el árabe sea más deficiente en elocuencia que el griego, el sentido y el traductor no tendrán incorrecciones; sin embargo, el griego, que no quedará satisfecho por la elocuencia en la lengua árabe, forzosamente habrá de perdonarlo y aprobarlo». Es decir, por muy bueno que sea el traductor y por muy bien que escriba, no podrá evitar que desde la cultura de origen se tenga un sentimiento de pérdida de la «esencia» del texto original; no obstante, dicha pérdida deberá ser aceptada. Del traductor dependerá que cualquier pérdida se compense con ganancias que puede conseguir a través del uso de distintos recursos. Es más, el traductor puede no sólo compensar dichas pérdidas sino llegar a mejorar el texto original. Al-Ŷâhiz señala: «Algunos de ellos (libros) aumentan en belleza (con la traducción)». Pero Eugene Nida dice: «La traducción debe ser fiel, sin renunciar a la belleza, pero no es necesario sacrificar la verdad por la belleza, ni, enfatizando la belleza, alejarnos de la verdad»³⁴.

31 B. Hatim and I. Mason: *Discourse and the Translator*, London, Longman, 1990, p. 4.

32 Cf. M. de Epalza (coordinador): *Traducir del árabe*, Barcelona, Ed. Gedisa, 2004.

33 «Sulayman ibn Jattar al-Bustani. Del prólogo a *La Iliada de Homero*. Reglas para traducir al árabe», en *Teorías de la traducción. Antología de textos*, p. 320.

34 Tomado de la entrevista a Nida por Miguel Ángel Vega en la revista *Hieronymus*. Núm.2. del Centro Virtual Cervantes: http://cvc.cervantes.es/lengua/hieronymus/pdf/02/02_091.pdf

No existen, pues, traducciones perfectas, sino traducciones más o menos efectivas. «Tenemos que tener en cuenta que la traducción es sólo una tarea útil, pero no es natural, y no quiere decir que pueda reemplazar al texto original, lo que el traductor puede perseguir es un triunfo comparativo y no absoluto»³⁵. La falsa creencia según la cual la traducción perfecta es alcanzable no hace sino frustrar a los traductores y hacer que la sociedad los vea como personas incapaces de realizar correctamente su labor.

Conviene destacar, finalmente, la función que ejerce el traductor como corrector de lengua. El propio al-Ŷâhiz dice lo siguiente al respecto: «¿Sabe (el traductor) corregir los errores del discurso y los gazapos de los copistas de los libros? (...) Lo que más asombra es que (el traductor) hace las dos cosas: corrige lo que está corrompido y mejora lo que está bien». No se equivoca, pues el traductor ejerce en realidad dos funciones: corregir y traducir. Efectivamente, es de vital importancia que éste no pase por alto los posibles errores que se encuentren en el texto original; de lo contrario, los mismos podrían serle atribuidos como propios en vez de asignárselos al autor original.

En consecuencia, el texto de al-Ŷâhiz tiene que ver con algunas de las modernas técnicas de traducción. De ahí la atención que hoy merece.

Laura Llamas Fraga
laurallamasfraga@hotmail.com
Rafael Ramón Guerrero
ramguera@filos.ucm.es

Enviado: 20 de septiembre de 2010

Admitido: 15 de octubre de 2010

35 Lin Yutang «Sobre la traducción», en *Teorías de la traducción. Antología de textos*, p. 387.